

LA BOLSA DE PARÍS.

Es difícil de creer parecerá algún día que París, gran capital y una de las ciudades en que el comercio es mas activo y floreciente, haya carecido hasta principios del presente siglo de un edificio destinado á la diaria reunion de los negociantes. Muchas ciudades de Francia tenian su Bolsa, y París estaba privada de ella. Hubiera podido creerse que se desconocia la importancia del comercio en el centro del reino, supuesto que nada se hacia por fomentarle.

La Bolsa, ó por mejor decir el punto de reunion diaria de los negociantes de París, estuvo por mucho tiempo reducido á un salon del Real Tesoro, de donde se trasladó á una de las alas del *Palais-Royal*. Napoleon, empero que deseaba que en su gran imperio cada cosa fuese dignamente representada, resolvió hacer levantar un magnifico monumento en que se hallasen reunidos el Tribunal de comercio y la Bolsa.

Confió el encargo de delinear el plan á Mr. Brongniart, hábil arquitecto, y el 24 de marzo de 1808, se colocó la primera piedra del suntuoso palacio que se vé á la cabeza de este artículo.

Construido en el sitio que ocupaba el antiguo convento de monjas de Santo Tomás entre el Palais Royal y el Boulevard, ofrece un paralelogramo de 212 pies de largo, por 126 de ancho. Por sus cuatro costados presenta una magnífica columnata de orden corintio, elevada sobre un basamento. Este peristilo que circunvala todo el edificio forma una galería cubierta, á la que se penetra por una gradería que ocupa toda la longitud de la fachada.

El salon de la Bolsa ocupa todo el piso bajo, tiene 166 pies de largo por 76 de ancho, y puede contener mas de 2.000 personas. En el lado opuesto á la fachada es-
2. Trimestre.

tán las salas destinadas á la audiencia del tribunal de comercio; de forma que en el mismo sitio en que se contratan los negocios, residen los jueces que deben fallar sobre las diferencias que puedan suscitarse, y que deben obligar á todos al puntual cumplimiento de sus promesas. Idea es sin duda de moral la mas elevada; y sin embargo, con sentimiento lo decimos, la Bolsa de París es el sitio en que menos se encuentra la moral.

En vez de contratar negocios, de entablar relaciones, de verificar pagos, de limitarse á compras y ventas; en una palabra, en vez de limitarse á las transacciones puramente mercantiles, vense con dolor un gran número de gentes que solo se dirigen á la Bolsa á jugar sobre los fondos públicos, á poner sus capitales sobre la alza y la baja del modo que un jugador los pone sobre una carta en una de aquellas casas que la moral reprueba, y que suelen ser perseguidas por la autoridad.

Pero la Bolsa es en verdad un sitio mil veces mas peligroso que una casa de juego; porque en el juego no se puede perder mas que lo que se lleva en el bolsillo, mientras que en la Bolsa se juega sobre la palabra; es decir, que en un solo día, y de un solo golpe puede perderse la fortuna, y lo que es mas, el honor. En la Bolsa es donde debe buscarse la causa de infinitas desgracias; desde ella algunos padres de familia han corrido á arrojar al Sena, y aun en la misma Bolsa no ha mucho tiempo que un desdichado comerciante se suicidó.

Tal vez habrá muchos entre nuestros lectores que ignoren que cosa sea el espantoso juego que se ejecuta en la Bolsa de París, y que desgraciadamente se ha aclimatado tambien en la de Madrid: pocas palabras bastarán para

ponerlos al corriente. Diariamente se venden documentos de créditos contra el Estado: el precio de estos créditos varía como el de todas las mercancías según la mayor ó menor concurrencia de compradores ó vendedores. Si las compras ó ventas se realizasen al contado, solo los capitalistas pudieran arruinarse, comprando en tiempo inoportuno y vendiendo con pérdida; pero se compran créditos bajo condición de no recibir los títulos sino un mes ó dos después, y si á la época señalada ha subido el precio de aquellos, la diferencia de uno á otro precio constituye la pérdida que es preciso pagar. Estas ventas ficticias no son sino una apuesta disfrazada; y lo que sucede es que apuestan al igual ó al duplo, y que de pérdida en pérdida llegan á arruinarse.

Al sonar la campana de las dos, comienza este movimiento producido por una inmensa multitud de asistentes, comerciantes, extranjeros, desocupados y curiosos.

Hasta hace tres años se permitía también la entrada á las señoras, y no eran pocas las que concurrían diariamente á arruinarse en cálculos y combinaciones arriesgadas. Los agentes de cambio que son en París en número de 60 y tienen el privilegio esclusivo de la negociacion de los fondos, se colocan detras de la balaustrada circular llamada *el estrado*, y desde allí dirigen sus ofertas y demandas con gran expedición y valentía.

En tanto los curiosos se reúnen en grupos á hablar de noticias, y los extranjeros se buscan al rededor de las columnas sobre las cuales se halla inscripto el nombre de su capital.

A las cuatro y media comienza lo que se llama la Bolsa de mercadería. Los comerciantes propiamente dichos llegan en este momento á ocupar el sitio que poco antes tenían los especuladores en fondos públicos. Este ya es un mundo nuevo; otras costumbres, otras relaciones, y en el espacio de media hora puede decirse que ha variado del todo el aspecto de aquel teatro. Entre los que salen y los que entran no existe la mas mínima relación y ni aun apenas se les vé saludarse. En esta Bolsa de comercio positivo se efectúan operaciones considerables; los géneros coloniales, lanas, aceite, jibon aguardiente y toda las materias primeras que pasan de los grandes depósitos ó almacenes á las tiendas ó manufacturas, quedan allí contratados en grande y con el auxilio de muestras.

A las cinco en punto suena de nuevo la campana para avisar á la concurrencia que ha llegado la hora de dispersarse. Las puertas se cierran, y el templo de Mercurio vuelve á recobrar su silencio.

HIGIENE Y SALUD PUBLICA.

REGIMEN QUE DEBEN OBSERVAR LAS MUJERES EMBARAZADAS.

Una mujer en cinta, en la primera época de su embarazo, á fin de evitar funesto saccidentes debe aflojarse el corsé y no apretar ninguno de sus vestidos. Debe conservarse en un estado constante de limpieza por el uso de los baños de agua tibia, bastándola con uno en cada mes. Seguirá un régimen pacífico y nutritivo y continuará sus ocupaciones habituales, cuidando siempre de no fatigarse demasiado, como asimismo de no acalorarse por un estado sedentario muy prolongado. Inmediata ya la época del parto debe aumentar de día en día sus precauciones: y llegado aquel momento si no tiene facultativo que la prescriba el régimen que debe seguir, guardará cama durante algunos días arreglándose á su estado y constitución; observará una dieta rigurosa, y su única bebida será un cocimiento de flor de tila, hasta el quinto día en que por lo regular cesa la calentura de la leche: sobre todo rehusará obstinadamente el vino y los licores que las comadres están prontas á propinar á las recién paridas; pero si cria podrá ser menos severa en cuanto al alimento, y tomar al tercero ó cuarto día una ligera sopa. Mientras permanezca en cama cuidará de no cubrirse con mas ropa que la necesaria

para que no penetre el frio; podrá si quiere sujetarse vemente el vientre con una tohalla; y decimos leve-mente, porque es una costumbre funesta la de apretar este caso. Deben asimismo guardarse de aplicar sobre pechos ninguna materia crasa, ninguno de aquellos cantados tópicos á que atribuyen la propiedad de retirar la leche. Estos medios son tan inútiles y mas dañosos que los collares de corcho con que adornan el cuello de las gatas. Es preciso, en fin separar del lactante las recién paridas todo clase de olores, renovar de vez en cuando el aire de la habitacion, conservar en ella el aseó, y no permitir que se importune á aquella con conversaciones ridículas y fastidiosas de las vecinas ó las amigas.

MÉTODO PARA CUIDAR LOS NIÑOS.

Los órganos del estómago, del vientre y de la callosidad son en los niños mas activos que todos los demás, y consiguiente pueden con mas facilidad desarreglarse; eso de la infancia es también cuando se desarrollan mayor número de enfermedades inflamatorias en estos órganos. El niño solo tiene por decirlo así una función que ejercer, cumplir una tarea que desempeñar: su acrecentamiento físico. La necesidad continua de alimento que este trabajo exige, causa las indigestiones y demás enfermedades orgánicas del estómago y del vientre. Otro trabajo, que es el imprescindible que las que toman asiento en la cabeza, como las indigestiones, las fiebres cerebrales etc. Los padres considerando estas disposiciones predominantes solo deben darles un alimento capaz de combatir ó neutralizar la perniciosísima influencia que aquellas traen consigo, y sobre todo multiplicar las precauciones propias á sustraer el cerebro de los pequeños seres, á todas las causas generales de excitación y tristeza.

A pocas horas de nacer el niño debe ponerse al pecho de la madre, tenga ó no intención de criarle por sí mismo. Es un absurdo el esperar, como suele decirse, que la calentura se declare. La primera leche es serosa y lo bastante laxante; purga al niño sin excitar sus órganos; purgantes que solian usarse, y que aun en el día recomiendan varias personas, nunca han llegado á reemplazar de modo ventajoso á la primera leche de las madres. Debe cuidarse con especialidad de poner sus niños al pecho varias veces durante el día; procurando no acostumbrarlos á mamar en las horas de la noche: el resultado infalible es los desvelos que molestará á la nodriza, y acalorar la leche. Durante las primeras semanas se dará al niño en segundas que haya mamado un poco de agua tibia con azúcar, para facilitar la digestión de la leche.

Nada hay mas nocivo para los niños, nada les daña tanto como la costumbre de fajarlos; las reflexiones que con tal motivo hacen los sabios Buffon y Rousseau, y que vez conseguirán para con nuestros lectores, mas que con nosotros pudieramos observar, dicen pues:

"Apenas el niño sale del seno materno, apenas obtiene la libertad de moverse y extender sus miembros, como ya le sujetan con nuevas ligaduras. Le fajan; le colocan con la cabeza recta y las piernas estendidas; le rodean de paños y vendajes que no le permiten cambiar de postura, gracias si no le estrechan hasta el extremo de impedirle la respiración; ó si tienen la precaución de acostarle de lado para facilitar la expectoración."

"El recién nacido necesita estenderse y mover sus miembros para sacarles del adormecimiento en que, reunidos en un peloton, han permanecido tanto tiempo. Les constituyen, es cierto, pero les impiden moverse. Parece que temen que de muestras de vitalidad. El niño entonces se esfuerza para moverse continuos é inútiles esfuerzos que agotan sus fuerzas ó retrasan sus progresos: menos estrecho, menos sujeto, menos comprimido se hallaba en el vientre de la madre que lo está en sus envolturas ¿qué ha adelantado con nacer

La inacción, la opresión en que se conservan los brazos de una criatura solo consiguen entorpecer la circulación de la sangre, de los humeros; impedir que el niño crezca y adquiere fuerzas. En los sitios en que no están tomadas estas extravagantes precauciones, los hombres son fuertes, forzados y bien proporcionados; al paso que los países donde acostumbran envolver los niños hermiguan en brazos, cojos, patizambos, gafos, ratiquícos y contrahechos de todas clases. Teniendo que las criaturas adquieren deformidades por la libertad de sus movimientos se procuran á hacérselas adquirir metiéndolos en prensa; y cuando impedir que se estropeen contribuyen á que se vuelvan baldados."

El uso prematuro de los andadores, y demas auxilios artificiales para adelantar el que los niños anden, tienen como graves inconvenientes; se entorpece su respiración, se hace adquirir á los hombres una elevación desproporcionada, se estiran y á veces se dislocan sus tiernos miembros, y sus piernas demasiado blandas para soportar el peso del cuerpo llegan á encorbarse. Mejor es dejarlos ensayar por sí mismos sobre una alfombra ó sobre la tierra.

Cumplido el primer año ya se puede tratar de destetarlos; á pesar que en cuanto á esto no hay regla fija que se observe. Cuando la madre trate de quitarle del pecho, su propio interés y por el de su hijo debe cuidar de hacerlo precipitadamente; y al efecto consultará á la naturaleza maternal que rara vez suele engañar; apuntará diariamente la cantidad de los demas alimentos, y dará el efecto que causan en los órganos digestivos de la criatura; estos órganos se acostumbrarán gradualmente al cambio de alimento, y así también la secreción de la leche siendo menos escitada, disminuirá poco á poco. Fuera de estas consecuencias suele ocasionar la costumbre de desmamarlos de repente; indigestiones, vómitos, despeños, y los mas continuos resultados.

La época de la dentición es una época crítica para los niños; entonces por lo regular es cuando se manifiestan en los niños un temperamento linfático los primeros síntomas de deformidad de miembros ó de talla, difíciles de curar cuando su desarrollo llega á cierto grado; pero que con la fuerza de cuidados y á beneficio de un régimen bien observado pueden ser destruidos en su origen. Apelaremos al efecto ó esto á las discretas y curiosas observaciones que el sabio médico de París Mr. Vicente Duval ha publicado recientemente en su obra *Sobre las principales deformidades del cuerpo humano*. Su posición como médico de los hospitales de París encargado de la curación de las deformidades presta una grave autoridad á sus palabras, y el acierto de estas observaciones le garantizan doce años de práctica exclusiva.

La mayor parte de niños de constitución linfática presentan el aspecto designado bajo el nombre de escrofuloso. El labio superior le tienen grueso, las alas de la nariz son orejas, inflamadas, encarnadas y relucientes, y suelen tener infartos en el cuello; por lo regular han nacido en sitios bajos y pantanosos; ó en calles estrechas y torcidas, y cuyas casas tienen mucha elevación. Allí solo respirado un aire húmedo, grueso y mal sano. Las descomulgadas criaturas que crecen en semejante atmósfera tienen poco desarrollados los pulmones, los músculos flacos y poca energía: sus alimentos han sido regularmente malos y poco provechosos porque los padres son pobres; su sangre se recarga de linfa, y sus carnes son blandas y flojas. Esta reunión de circunstancias produce y caracteriza la constitución linfática. Algunos niños la traen consigo al nacer; pero la mayor parte la adquieren por las causas mencionadas ó por dilatadas enfermedades como las inflamaciones en el estómago y bajo vientre que aparecen generalmente á la época de salir los dientes. La dentición, sobre todo en los hijos del pobre, suele ocasionar grandes desórdenes en la salud: los malos alimentos, la irregularidad de las comidas, la insalubridad del aire que respiran, y de

los sitios que habitan producen estos efectos; también contribuyen á ello el darlos por nodrizas mujeres poco sanas, enfermas, embarazadas ó de mucha edad: tras de esto vienen el sarampión, la escarlatina, las lombrices, seguidas de irritaciones, pulmonías y opthalmías, los romadizos y multitud de otras afecciones que contribuyen á formar la constitución de los niños enteramente linfática. Un rápido acrecentamiento que en el corto espacio de un mes aumenta á su estatura cuatro, cinco, y aun seis pulgadas agrava de continuo el mal: en estos acrecentamientos extraordinarios los huesos se desarrollan en longitud y grueso; pero los músculos que no pueden crecer en proporción se adelgazan y pierden la energía.

Las actitudes viciosas que contraen los niños en la escuela contribuyen no poco al desarrollo de las deformidades: una estrecha faja, una cama demasiado blanda, deben también colocarse en el número de las causas anteriores.

La tendencia de un niño á deformarse, casi siempre se anuncia por muestras particulares tales como la inflamación y entorpecimiento de las articulaciones. Los enfermos experimentan con especialidad vivos dolores en toda la extensión de los huesos largos, pero principalmente hacia el extremo que empieza á contraerse. Estos dolores se manifiestan algunos meses antes que la deformidad se haga visible, y tal es su violencia, que no se sabe por donde llegar á las criaturas; esto es en cuanto á las deformidades de los miembros. En cuanto á las del cuerpo, se anuncian igualmente por dolores y desazón en la extensión de la espina dorsal; los niños no pueden estar de pie, andar, ó estar sentados sin tomar actitudes viciosas; se entristecen y padecen constipados ó diarreas; su vientre aparece grueso y caluroso; sus puños, sus rodillas, y las demas articulaciones, se hinchan sensiblemente. Los padres entonces deben desde luego ocuparse seriamente en hacer desaparecer la diarrea, los males de estómago ó de pecho, y todas las demas afecciones que han servido de causa y de preludio á tan alarmante estado. El método curativo de las enfermedades de que hemos hablado es muy sencillo: un alimento suave, y en corta cantidad, bebidas refrigerantes, algunos baños, y aplicaciones de sanguijuelas, bastan para conseguir su extinción, pero no para cortar los síntomas de la deformidad: es necesario además hacer bañar las criaturas en aguas muy saladas, frías en el verano, calidas en el invierno; estos baños consisten en cuatro ó seis libras de sal común para un baño regular; es preciso frotarlos todo el cuerpo con franela seca ó rociada de un bálsamo corroborante, exponerlos á un aire libre y seco, y al sol cuando sea posible, bien sea de pie, ó bien acostados en una cama bastante dura, compuesta de un gergon de hellecho ó inclinado de la cabeza á los pies como una cama de campaña sin almohada; y en fin obligarlos á pasear sostenidos con muletas, y hacer cuantos ejercicios gimnásticos se pueda. Tres baños salados por semana, fricciones diarias, el uso del gergon de hellecho ó de serpolio día y noche, y un régimen prudente; no habiendo otra agua que el cocimiento de lupulo, conducirán seguramente á los mejores resultados.

COSTUMBRES.

UNA VISITA A S. BERNARDINO.

El puro sentimiento de la beneficencia es tan natural á la especie humana, y se halla además tan fortalecido por los preceptos de todas ó casi todas las religiones, que el ejercicio de aquella virtud sublime ha venido á ser una ley social para todos los pueblos civilizados.

Sabias disposiciones han sido adoptadas en muchos estados con el objeto de reducir á práctica aquel sentimiento religioso, procurando conciliar en ellas á par que el interés del indigente beneficiado, el que reclama la sociedad bienhechora; se ha querido pues que este devuel-

va á aquella los réditos del beneficio, libertándola de su importuna solicitud, moderando sus costumbres, y trabajando en adquirirse medios honrados de subsistir. El antiguo sistema de *hacer bien sin mirar á quien*, es mas generoso que político; las sociedades modernas han considerado justamente que los dones indiscretos hacen florecer la mendicidad, que la holganza ningun derecho tiene á ser mantenida por el trabajo ajeno, y que todo el que reclame el auxilio de sus semejantes, es preciso que sea á cambio proporcional del que les preste con el suyo. Tales principios presiden hoy los establecimientos públicos de beneficencia en los países civilizados, y la experiencia demuestra la solidez del raciocinio que les dirigió.

Menguada por cierto era la idea que de la civilización de nuestra capital podríamos dar á un extranjero cuando sus calles cubiertas de andrajosos y clamoreantes mendigos, daban un testimonio positivo de la inmensa distancia que nos separaba de los pueblos adelantados en la ciencia administrativa y en la educación popular. En vano los hombres instruidos y amantes de este pueblo habían clamado de tiempo inmemorial por el remedio de tan escandaloso mal; en vano viajeros celosos de vuelta á su país presentaron por resultado de sus observaciones, el cuadro animado de los establecimientos benéficos en las ciudades extranjeras; en vano la religión y la filantropía de algunos magnates y personas acaudaladas habían dispuesto en favor de la pública indigencia sumas considerables y creado establecimientos parciales para este objeto; en vano, en fin el sarcasmo y envenenada hiel de plumas extranjeras, realizando atrevidamente el negro colorido de aquel repugnante cuadro, picaban en la parte mas sensible el honor nacional, designándonos como avezados á la estupidez y la miseria.

Todos aquellos esfuerzos, todos estos lamentables resultados eran inútiles ante la incuria y el abandono que partiendo de las leyes se reflejaba tan visiblemente en nuestras costumbres; y la capital del reino, el pueblo que por sus medios y circunstancias debía dar la señal de los adelantamientos sociales, era por decirlo así, el ejemplo mas práctico de aquella incuria, de aquel abandono.

Una gran calamidad suele á veces ser causa de un progreso, porque los hombres en los momentos críticos de la desgracia vuelven los ojos del lado de la virtud y de los sólidos principios con mas entusiasmo y fervor que cuando se hallan lisonjeados por la fortuna. La destructora guerra con la Gran Bretaña en 1799, y la indigencia á que dió lugar con la paralización del comercio y de la industria, fué ocasion en la populosa Barcelona á un establecimiento filantrópico que por su importancia y régimen, puede competir con los mas celebrados en el extranjero; tal es la *casa de Caridad* que tiene por objeto recojer, no solo á los mendigos de aquella ciudad, sino á los de todo el principado, proporcionando educación á los jóvenes, ocupación á los adultos, y la posible comodidad á los ancianos é impedidos. Un desastre semejante produjo en Madrid un resultado análogo, pudiendo asegurarse que á pesar de todos los planes y proyectos concebidos, nunca hubiera llegado á plantearse el *Asilo de mendicidad de S. Bernardino* sin el desarrollo del funesto cólera morbo en nuestra capital.

La real orden de su creación lleva la fecha de 3 de agosto de 1834, en aquellos críticos momentos en que atribulada la capital por el terrible azote con que el cielo quisiera probarla, se hallaba mas que nunca dispuesta á ejercer la beneficencia con sus semejantes; y en que las consecuencias palpables de la miseria y de la relajación de las costumbres, hicieron parar la atención del gobierno sobre la imperiosa necesidad de mejorarlas.

Reunieronse por fortuna para dar cumplimiento á sus intenciones cuantas circunstancias ventajosas pudieran apetecerse. Un vecindario sensato y filantrópico: una junta de caridad celosa y distinguida: una autoridad local en fin ilustrada, enérgica y ante cuya firme decisión y vo-

luntad desaparecian como por encanto los obstáculos. Su as hasta entonces se creyeron insuperables; y lo que no tiene ejemplo en nuestra España, á poco mas de diez meses de dada la orden, empezó á recibir su cumplimiento. El 18 de setiembre de aquel año fue el día en que entraron los mendigos en el nuevo establecimiento.

Yo no le habia visitado desde aquella primera vez. Al y no sabia de su estado actual mas que las ligeras noticias que de tiempo en tiempo han publicado los periódicos. Por desgracia la situación de aquel edificio (si no ventajosa bajo otro aspecto), es tan fuera del centro de un itinerario matritense, que solo una intencion de ir á verlo puede aproximar á él. Esta intencion es la que yo tuve, el viernes último, y aun hice mas, pues la llevé á cabo.

Ya habia salvado el espacio que media entre el barrio de S. Bernardo y la cuesta de harineros, y me encontraba lentamente la tápia de la estéril montaña del Principado sin que persona alguna viniese á interrumpir la soledad del sitio y el monotonó espectáculo que me presentaba. Sin embargo no tardé en sentir pasos á mi espalda, volviendo á contemplar quien era el impulsado por la misma intencion que á mí me dirigia, observé que se trataba de un hombre joven y ataviado me revelaban uno de los acogidos al establecimiento que yo iba á visitar. Paréceme que le estoy viendo todavía con su blusa azul, su sombrero encarnado que campeaba el número 710, su soga encendida en la mano (recurso de fumadores callejeros), y su cepillo en la cinta para recoger las limosnas ó gratificaciones por el servicio.



Su aspecto era mesurado y tranquilo; su semblante esivo y alegre, y su voz ya cansada por el transcurso de diez lustros, dejaba escapar por lo bajo una de las canchales favoritas de la guerra de la independencia

*"Dupont terror del Norte
fue vencido en Baylen."*

Al ir á pasar delante de mí, se quitó su sombrero con modestia y dignidad, y yo desearo de entablar conversacion durante el camino, pedile candela, que me ofreció con voluntad y prontitud.

A muy pocas palabras que habíamos hablado, eché de ver que las habia con uno de los decanos del establecimiento, que por su honradez é inteligencia se hallaba en el goce de la confianza de los gefes, que sabia todas las prioridades de la casa, y era en ella una rueda indiscesable y laboriosa. Dejo pensar al pio lector la conveniencia de semejante hallazgo para quien como yo no llega al Asilo mas obgeto que el enterarse de todos sus pormenores.

El diálogo que en su consecuencia entablamos, figurado oportunamente en este lugar si su demasiada prolija que lo permitiese. Quisiera sin embargo poner en conocimiento de mis lectores de lo mas sustancial de él, para que formasen la idea que yo concebí del establecimiento, por la que me veo obligado á estampar aquí las mas importantes de sus indicaciones, que la memoria ha logrado conservar. Despues de contarme por menor la historia de la creacion del Asilo y las inmensas dificultades que hubo de vencer, vino á hablarme de su régimen interior, proveyéndose poco mas ó menos en estos términos:

— El establecimiento admite todas las personas que se presentan voluntariamente, y recoge todos los mendigos que se encuentran pidiendo limosna por las calles, dando derecho á permanecer en él aquellas que llevan años de residencia en Madrid, y los niños de seis años de edad. Si no tuviesen estas circunstancias se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega el pasaporte para los pueblos de su naturaleza. Una vez entrado el mendigo y anotado en los registros de la casa, es destinado á una de las brigadas segun su sexo y condicion, y recibe el vestido y número correspondiente.

Las brigadas se subdividen en escuadras de diez á quince personas, procurando que sean las de un mismo oficio ó ocupaciones analogas. Los gefes cabos de brigada, escogidos entre los individuos que tienen mejor conducta.

Cada individuo recibe á su entrada una libreta ó asienento en que se anota los vestidos y prendas que lleva al establecimiento, y los ahorros que produzcan su jornal, como los descuentos que se le hagan por sus faltas.

Las horas de levantarse son las cuatro y media en verano y las seis y media en invierno, y una hora despues entra al trabajo hasta las doce, y luego por la tarde hasta el anochecer, recogiendo despues. Los dias festivos se emplean en la enseñanza de la religion, en revision de las ropas, en paseos y lectura.

Los niños y niñas asisten á la escuela del establecimiento. Ademas se les dedica de aprendices en los talleres.

Los mendigos hábiles asisten á los talleres establecidos en la casa segun su inclinacion ú oficio anterior, ganando en ellos ademas de la manutencion un pequeño jornal, que una parte se les entrega cada semana, y la otra parte se les abona en libreta para cuando salgan del Asilo. Lo mismo sucede cuando salen á trabajar ó servir fuera del establecimiento. En el dia hay operarios que tienen depósito de 300 á 700 rs.

Los pobres ademas de este trabajo, prestan todo el servicio interior de la casa como el de cuartereros, porteros, cocineros, barberos, labanderos, barrenderos y portelanos.

El servicio exterior consiste en conducir los enfermos al hospital, dar lumbre para fumar en calles y paseos, cuidar las sillas de las iglesias, y asistir á los funerales á que sean invitados, y cualquiera otro servicio que se les reclame fuera del establecimiento.

Las penas por faltas son, privacion de todo ó parte del jornal ó de una parte del alimento; recargo de trabajo, é imposicion de multas y encierros.

Las recompensas son, mencion honorífica en la lista general, permiso de salida, destino al servicio menos penoso, ascenso á gefe de brigada y alguna recompensa pecuniaria.

El traje de la casa consiste en chaqueta y pantalon de paño pardo con botones blancos con el nombre del establecimiento; dos pantalones de lienzo, tres camisas id; un sombrero encerado, una gorra para dentro de casa, un par de zapatos, dos pañuelos, una blusa azul y un cinturón. Las mujeres un jubon y saya de estameña con escudo del establecimiento al brazo, dos sayas bajas, tres camisas, un apretador, dos pares de medias, dos pañuelos del cuello, dos de cabeza y dos de bolsillo, dos delantales, un par de zapatos, dos paños. Las camas de la casa constan de un tablado, un gergon, una almoada, una funda, un par de sábanas y una manta.

El alimento consiste en lo siguiente. *Almuerzo:* Un cuarteron de pan en sopa condimentada con aceite, sal, ajos y pimiento. *Comida:* Un potage de menestras y patatas, condimentado con cabezas de carnero ó grasas de animales, y aceite en dias de vigilia, y media libra de pan. *Cena:* Un potage de menestras y patatas, y un cuarteron de pan. Todo esto suele alterarse en ocasiones extraordinarias.

El número de pobres acogidos hoy en la casa, es de 744 personas, á saber; 193 hombres, 179 mujeres, 279 niños, y 96 niñas, y fuera 103 personas en el hospital, 250 sirviendo en Madrid, y 12 aprendices con varios maestros de oficio. Los talleres corrientes son carpintería, ebanistería, pintura, zapatería, sastrería, carretería, fragua, costura, espartería y albañilería, ademas de los trabajos de la casa ya indicados.

Tales fueron en resumen las oportunas esplicaciones del viejo *Tomás* (que así se llamaba mi interlocutor), y con ellas entretuvimos curiosamente el tiempo hasta llegar á la puerta del establecimiento, donde conocida mi idea por los caballeros encargados de su direccion, tuvieron la bondad de acompañarme en mi visita, satisfaciendo en todas sus partes mi exigente curiosidad.

Desde luego hubieron de llamar mi atencion los notables aumentos y mejoras del edificio que han logrado disimular en gran parte su pequeñez y deformidad. El nuevo patio de entrada y las habitaciones de ambos lados, estan dispuestos con inteligencia y sencillez. Los dos hermosos comedores que se encuentran á la derecha son notables por su espaciosidad, excelentes luces y la feliz idea de la cocina circular que les divide, dispuesta con un mecanismo ingenioso. Las oficinas de la izquierda, portería, almacenes, talleres, botica, barbería, son todas cómodas, aseadas y sencillas. Entrando en lo principal de la casa convento, se observa en ella la oportunidad de la distribucion á pesar de la poca analogía del edificio con su actual obgeto, siendo de notar la espaciosidad y aseo de los dormitorios, la limpieza de los tránsitos, la abundancia de aguas repartidas por toda la casa, y sobre todo un principio general de economía é inteligencia poco comun en nuestros establecimientos públicos, donde suele pasarse desde la miseria mas completa á un fausto y primor exagerados.

El establecimiento de S. Bernardino á pesar de su inmensa utilidad é importancia, no contó para su creacion con aquellos cuantiosos recursos que otras casas de beneficencia. Sin embargo no solo se creó y sostuvo hasta el

dia el gasto corriente, si no que ha emprendido obras indispensables, cuyo coste pasará ya en el día de 400.000 rs. Compárese este resultado con el que ofrecen en esta misma capital otros institutos benéficos que a pesar de disfrutar cuantiosas rentas, permanecen estacionarios sin progresar en lo mas mínimo; y en los mas de ellos sin cumplir siquiera con el objeto de sus fundadores y donatarios.

Feliz fue por extremo la idea de apelar á la caridad individual del vecindario de Madrid, y mas feliz aun la de reducir esta caridad á la moderada cuota personal de una *peseta* al mes. Semejante regla, limitando los efímeros impulsos del orgullo, alienta y asegura los mas sólidos de la verdadera caridad.

Sin embargo, y á pesar de haber correspondido el resultado, el producto solo de la suscripción no basta para las necesidades de aquel vasto establecimiento, como puede demostrarse numéricamente. El máximo que la suscripción llegó á alcanzar fue 37.000 rs. al mes; pero en el día en razon de las escaseces generales, atrasos de pagas etc., solo se puede calcular en 29.000. Cuenta además el establecimiento por ingresos eventuales con unos 4.000 rs. mensuales por producto de limosnas, candelas, sillas, y venta de efectos fabricados en el mismo, lo cual ofrece un total de 33.000 rs. poco mas ó menos. La manutención solo de los acogidos, ascendió en el mes de junio último á 34.766 rs.; además hay que atender á los demás gastos, pagos de sueldos, obras y compra de materiales, siendo por lo tanto considerable el déficit que tiene que cubrirse por medio de préstamos.

La economía sin embargo no puede llevarse mas adelante, segun se vé por el dicho gasto del mes de junio, pues habiendo habido en él, por término medio 750 personas diarias, arroja un resultado de *un real y 18 maravedises por persona*, gasto sobradamente económico, atendido á que el establecimiento no disfruta ninguna franquicia, y hasta los derechos de puertas abona mensualmente á la intendencia de la provincia.

Vese por lo tanto la situación precaria de un establecimiento tan importante, al paso que su utilidad le hace ya tan indispensable, que si desapareciera sería una calamidad para la capital. Además y en tanto que sus productos han rebajado, han aumentado notablemente sus necesidades por las escaseces del día, el crédito de la casa, y la supresión de los socorros que dispensaban las comunidades estinguidas; de esta manera ha crecido considerablemente el número de los acogidos, tanto que en el año pasado por igual época no se contaba mas que con 530 personas, y en el actual ya queda dicho que llega á 744.

El pueblo de Madrid ha hecho por su parte cuanto tenia derecho á exigirle un establecimiento semejante. Este sin embargo necesita mayor protección, y debe recibirla del gobierno, que considerando su importancia en las costumbres y la riqueza pública, debe tratar de aplicarle los fondos suficientes refundiendo en él las rentas de otros institutos análogos en esta capital.

Muchas observaciones morales me ocurrieron durante mi larga visita é inspeccion de aquella casa. El silencio y compostura de los acogidos, su buen humor y aspecto saludable convencen al espectador de que el trabajo es solo capaz de infundir en el hombre aquella tranquilidad y bienestar tan analogo á la especie civilizada. El aseo y limpieza de las habitaciones, la cortesía de los encargados desde el administrador en jefe hasta el último dependiente, la belleza de los productos artísticos elaborados en el establecimiento, la inteligencia y armonía en todas sus partes me llevaron de placer y de entusiasmo.

A varios de los pobres dirijí la palabra, y todos me convencieron de la importancia y moralidad de la institución. Por boca del buen *Tomás*, que no se apartó un punto de mi lado, supe la historia de varios de ellos, histo-

ria de desgracias y de debilidades. El me hizo observar el progreso que la edad y el habito arraigado ofrecían á la reforma de las costumbres. En general, los niños presentaban como es consiguiente mayor facilidad que los adultos, los hombres mayor que las mujeres, y los que en la sociedad ejercieron algun oficio, mas que los que siempre se ocuparon en la vagancia y pordioseo. Entre los mismos oficios habia una notable diferencia; por ejemplo observé que los sastres y carpinteros eran pocos en número y ya viejos, y muchos mas y mas jóvenes los albañiles y zapateros. Esto me inclinó en favor de los primeros, como que solo recurren al estado de mendicidad cuando las fuerzas físicas llegan á abandonarles.

Mi conductor Tomás entre tanto me habia hecho saber su vida, llena de desgracias no merecidas. Habia sido soldado diez años, y tenia su cuerpo lleno de honrosas cicatrices. La injusticia de los gobiernos le habia abandonado despues cuando ya no era apto para aprender un oficio. Tuvo varios amos que todos se portaron con él harto mal, y de una en otra desdicha vino á tener que pedir su sustento á este establecimiento donde su honrada conducta hacia ofrecer un modelo á sus compañeros, atrayéndolos con los cargos honoríficos y premios que le aseguraban en la vida de ahorros un resultado de 600 rs.

Varias veces su narración me hizo asomar las lágrimas, y otras tantas las suyas me dieron bien á conocer la lealtad de su corazón.



La desgracia vino sin embargo en aquel momento á turbar la felicidad de Tomás. Al bajar las escaleras vino á conducir al calabozo á un mendigo de siniestro aspecto acogido en una taberna de esta población. Largo tiempo burlado la vigilancia de los encargados de recogerlos, otro tanto á favor de sus estafas era el azote de los vecinos honrados y el apoyo de los malhechores del pueblo.

vida era un tejido de crímenes; desierto de casa de sus padres, desertor de su regimiento, insubordinado y vagabundo, unas veces abiertamente bandolero, otras ratero, cardista, holgazán y borracho, este hombre dejaba ver en su aspecto toda la deformidad del vicio, todo el temor del trabajo y del castigo. Tomás sin embargo corrió á abrazarle á pesar de que él le repulsaba; "Ya estás aquí, sea bendito;" exclamó. — Este hombre tan opuesto á las ideas y en antecedentes era su hermano. La desgracia y el vicio suelen encontrarse en el mismo sitio aunque parados de diverso punto. La desgracia sin embargo halla descanso en el trabajo y la tranquilidad de la conciencia: el vicio encuentra en ambos un suplicio prolongado.

Después de abandonar aquel triste espectáculo, Tomás y yo nos dirigimos á la huerta, y encaminándome á aquel por entre sus estrechas sendas dimos vista á un templete formado de ramajes, y con una sencilla portada compuesta de arcos rústicos de las artes y oficios. Delante de esta portada se paró mi conductor, y quitándose respetuosamente el sombrero me señaló á un busto que se alzaba en el interior del templete diciéndome entusiasmado: "Mirad al protector de los infelices." Este dictado que le dió el honrado Tomás, me recordó la idea del ilustre promotor del establecimiento (1), si antes no lo hubiera adivinado por la sencilla inscripción que se leía al pie de su busto: "Gratitud y aprecio".

Antes de despedirme de aquella mansión me presentaron un *Album* donde todos los visitantes solían escribir sus observaciones; recorriendo estas encontré algunas muy buenas de atención y firmadas por las personas mas respetables de Madrid. Por último tropecé con una, consignada por mi amigo Don M. R. de T. que por su elegante frase y sublime sentido escitó de tal modo mi simpatía que la incluí en la memoria para repetirla al final de este artículo. Decía así: "No envidio á los que ven con indiferencia las desgracias ajenas contentos con su propia felicidad; yo agradezco al cielo el haberme dado un corazón que se identifica con las dolencias de mis semejantes y sino puede remediarlas, al menos las llora; ¡Feliz el que puede y sabe no hacer estériles sus lágrimas como el digno protector de este establecimiento. Su nombre será mas grato á los hombres sensibles que el de los guerreros y el de los nobles!"

El Curioso parlante.

LA ISLA DE SANTA ELENA.

En medio del Oceano Atlántico y á quinientas leguas de la tierra, unos navegantes portugueses extraviados en aquellos inmensos mares, descubrieron en la primavera del primer año del siglo XVI una roca estéril en la que ningún ser humano había hasta entonces habitado; y aun creía que jamás criatura viviente había hecho mansión en ella: tan completa era la soledad de aquel lugar desde el salterio del abismo de los mares, ó tal vez desde el principio del mundo. Aquellos intrépidos marinos, los primeros que pisaron aquellas asperezas, no hallaron ni vegetación, ni animales, ni aun rastros de que jamás los hubiese habido. Establecieron en ella sin embargo, y al siguiente condujeron cuadrúpedos, aves y árboles frutales. A los portugueses que no tardaron en disgustarse de la esterilidad é inútil conquista, sucedieron los holandeses, que fastidiados á su vez abandonaron igualmente aquella roca. En 1651 se apoderó de ella la Inglaterra, quien desde entonces la conserva, haciendo en ella su estación los buques que anualmente se dirigen á la India. Es como una

fonda establecida en aquel inmenso camino que sirve de comunicacion á los dos polos; y efectivamente es el único partido que de ella podría sacarse; así es que esta nación se ha limitado á poner la roca á cubierto de un golpe de mano, y á construir algunas casas á las orillas de la mar.

La isla, si tal nombre puede darse á tan árido sitio, se compone únicamente de una masa de rocas; tiene cuatro leguas de longitud por tres de ancho, y únicamente representa once leguas de circunferencia; es decir que no ocupa mas espacio sobre la superficie de los mares, que la ciudad de París y sus arrabales en la tierra. Por cualquier lado que se la mire, solo presenta escarpadas rocas de 600 á 1,200 pies de elevacion sobre las olas que se estrellan con furor, y únicamente por cuatro lados diferentes es por donde otros tantos intervalos que pudieran llamarse inmensas bendiduras la hacen accesible. En medio de aquellas asperezas se ven algunos vallados, y la cima presenta una superficie plana de cerca de mil fanegas de tierra, y cuyo terreno es bastante propio para el cultivo; mas abajo se divisa otra llanura mucho mas pequeña, pues apenas podrá contener de ciento á ciento cincuenta fanegas, y cuyo saturado suelo únicamente puede producir plantas marinas. Pero las ratas importadas en las naves europeas se han multiplicado de tal modo en aquella isla, que destruyen los sembrados haciendo difícil el cultivo y problemática la recolección.

La población está reducida á algunos comerciantes ingleses que especulan sobre las necesidades de las embarcaciones que transitan, y toda la isla, inclusa la guarnición y los esclavos, apenas puede ofrecer un total de cuatro mil habitantes. El clima tampoco favorece en nada el aumento de la población, porque los vientos tan frecuentes en aquella parte del globo, conservan la temperatura en una continua alternativa de calor y humedad.

Allí fue sin embargo, sobre la cima de aquella Isla arrojada en medio de los mares, donde durante seis años se vió un hombre de frente serena, vista penetrante, expresiva sonrisa, resignado á consumirse en aquel lugar de destierro, debilitándose de día en día, y sin que le oyesen prorumpir en quejas ni suspiros. Solo se le veía en cada madrugada lanzar una ojeada rápida sobre el inmenso Oceano; nunca saludaba la aurora, pero volvía su rostro hacia aquel punto del cielo... una nave que hubiese llevado aquel rumbo se dirigía sin duda á las cosas de la Francia.... Aquel hombre, proscrito por las naciones, y condenado á morir en Santa Elena, vió extinguirse en prolongado tormento una vida tantas veces respetada por las balas enemigas; su nombre no es necesario pronunciarle pues apenas habrá un niño en toda Europa que no pudiera adivinarle ya.

A Santa Elena fue donde después de la funesta batalla de Waterloo condujeron los ingleses á aquel que se fiara á su lealtad, que había escrito al príncipe regente de Inglaterra que le miraba como el mas generoso de sus enemigos. Confinado sobre aquella roca tan pequeña que pudiera dar la vuelta en algunos cuartos de hora, separado del resto del universo pero rodeado aun de algunos fieles súbditos que no quisieron abandonarle, *el hombre del siglo* no pudo permanecer en la inacción. Acordábase que al despedirse en Fontainebleau de los restos de sus antiguas falanjes les digera: "Yo escribiré las grandes hazañas que hemos hecho juntos;" y quiso cumplir su palabra. Este era aun un medio de servir á su patria, pues era trabajar para su gloria. Era reinar aun en esta, porque desde aquella roca de destierro podía recompensar ó castigar con el elogio ó con la censura.

Los generales que le rodeaban, y que antes le consagraron sus espadas, fueron sus secretarios. *Napoleon* los reunía á su lado diariamente no para dar belicas instrucciones ó para dictar los inmortales boletines de sus victorias, sino para conversar de los pasados combates. Paseábase entonces agitado con los brazos cruzados sobre el

(1) Don Joaquín Vizcaino, marqués vduo de Ponteojos y corregidor de Madrid.

pecho, y dictaba en voz clara pero contenida. A su lado el bravo general Gourgaud, el fiel Bertrand ó el conde de Montoloin recogían con avidez las espresiones que soltaba el emperador. Dos horas duraba este trabajo, y era tan poderoso su interés que ninguno de ellos pensaba en su cansancio.

Así es como trazó la historia de aquellas prodigiosas campañas de Italia á que fue tan jóven y acostumbro á sus soldados á vencer las veteranas y aguerridas tropas de la confederación europea. De este modo fue sucesivamente escribiendo, notas preciosas sobre los principales acontecimientos que admirara el mundo en los quince primeros años de este siglo, de sus prodigiosos esfuerzos y de aquella denodada perseverancia. Napoleon no pudo terminar aquel gran monumento que en el mismo lugar de su destierro aspiraba á elevar á la gloria francesa. La muerte llegó á interrumpirle en él.

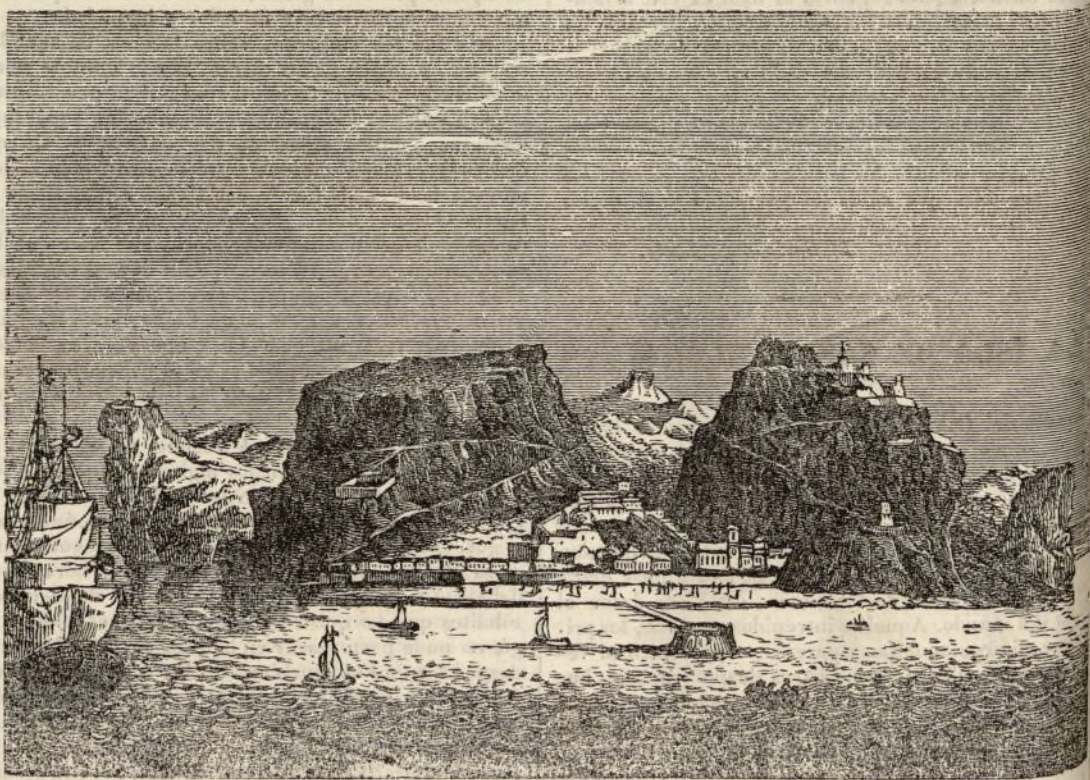
La insalubridad del clima, la falta de ejercicio, y tambien sin duda la irritación que le causaban los odiosos *chismes* de un hombre que en vez de representar á la Inglaterra, prefería desempeñar el papel de carcelero; todas estas causas reunidas alteraron la robusta salud que Napoleon debía á la naturaleza: su estómago se desarregló, una fiebre lenta encendía su sangre, el sueño huía de sus párpados, y él mismo no tardó en conocer que su hora se acercaba. Dícese que entonces solo se acordaba de la Francia, de sus viejos soldados, de su hijo que nacido rey debía morir sin reinar; empero no demostró ni el mas mínimo pesar en cuanto á su vida, ni una sola queja de su suerte.

Tan luego como el doctor Antomarchi, llegado de Italia

para prodigar á Napoleon los socoros del arte, le dió á conocer la poca esperanza que quedaba, solo trató de hacer su voluntad postrera. Todo el mundo sabe que lo único que hizo fue elevar su alma á Dios, porque había adquirido una firme creencia en la santidad de la religión, que con poderosa mano elevará de nuevo los altares destruidos por la anarquía. Sus primeras palabras y las primeras líneas de su testamento están destinadas á demostrar que muere en el seno de la iglesia católica, de la que le había ayudado á sostener, de la que le había dado el título de su muy amado hijo. Una vez satisfecho este deber dedica un recuerdo á su hijo; en seguida reparte su posesión entre los fieles súbditos que le rodeaban, y los habiendo quedado en Francia, pudieran necesitar tan pronto socorro.

No tardó en presentarse la agonía; fue penosa y prolongada como si aquella alma tan fuerte no pudiese desprenderse de aquel cuerpo tan robusto que tantas veces osara despreciar. Por último el 5 de mayo de 1821 á las tres de la tarde, espiró el grande hombre pronunciando sus últimas espresiones de las que solo estas pudieron percibirse: *cabeza.... ejército*. Estas dos palabras han hecho creer á algunos escritores que Napoleon había muerto en estado de delirio: nosotros al contrario creemos que su conocimiento jamás le abandonó, y que al exhalar el último suspiro quiso dar á conocer su pesar de no morir á la cabeza de su ejército.

Su cuerpo descansa en Santa Elena bajo un saucel que cubre con su sombra, y esta gloriosa reliquia asegura á aquella roca una perpétua celebridad.



ISLA DE SANTA ELENA.

MADRID:

IMPRENTA DE D. T. JORDAN, EDITOR.

Ayuntamiento de Madrid